

curanderos para hacer pacto con el Demonio. Todo lo cual nos habla del trasfondo simbólico compartido en las dos regiones.

Estos son sólo unos destellos de cómo las aproximaciones que al complejo cultural aportan los textos reunidos en este libro muestran una importante veta de posibles nuevas investigaciones sobre ambas tradiciones; estos trabajos, como bien advierte Alfredo López Austin al finalizar el prólogo: “Son pasos seguros hacia una meta que aún se vislumbra lejana, pero atrayente: encontrar las causas – veladas hasta ahora – de las sorprendentes concordancias entre sociedades que, separadas por el tiempo y la distancia, desarrollaron por sí formas complejas de entender y transformar el mundo”. (25)

CECILIA LÓPEZ RIDAURA
ENES, UNAM Morelia

Yasbil Yanil Berenice Mendoza Huerta. *La influencia de la lingüística en la etnomusicología en México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013; 217 pp.

En este flamante volumen, *La influencia de la lingüística en la etnomusicología en México*, Yasbil Yanil Berenice Mendoza Huerta busca encontrar los puentes que se han tendido entre las dos disciplinas anunciadas en el título, aunque no sólo estas se ven involucradas; lo hacen, asimismo, la antropología, la semiótica, la literatura y la psicología, entre otros campos del saber que han considerado directa o indirectamente las expresiones musicales como su objeto de estudio. Yasbil hace un repaso profundo de investigaciones que giran en torno a la interrelación de la música y la lengua, así como de otras que, referidas a la música han retomado categorías de análisis de la lingüística para aplicarlas al estudio de aquella, o bien, que han procedido metodológicamente en el estudio a partir de presupuestos teóricos aplicados al estudio del lenguaje (27).

El libro procede con un sentido expositivo claro y didáctico, que, aun sin anunciarlo de forma manifiesta, se constituye en un valioso manual que permite a los estudiantes de música adentrarse en el conocimiento teórico de las disciplinas referidas y su interrelación; a los estudiosos de diversos aspectos de la lengua y la música, les permite reconocer las aportaciones que la lingüística ha tenido en la joven disciplina de la etnomusicología, particularmente en México, y a unos y otros les brinda un panorama de aquellos estudios realizados en nuestro país en los treinta años recientes en los que el análisis de diversos aspectos de la música han partido de la concepción de esta como un sistema organizado, que puede ser descrito en sus constituyentes fundamentales, y en la relación que permite el funcionamiento de los mismos; en palabras de la autora: “demostrar que la música es un lenguaje y que se puede estudiar como una lengua es el principio que justifica el uso de teorías y metodologías de la lingüística en las investigaciones musicales, y especialmente en la etnomusicología” (70).

El volumen se basa en la tesis de licenciatura que su autora defendiera en la Escuela Nacional de Antropología e Historia para obtener el título de Lingüista. Hay que destacar que, cuando una tesis universitaria llega a publicarse — más aún con un sello prestigioso en el campo del saber correspondiente, como es el caso de este libro que ha aparecido con el sello del INAH—, se ratifica con creces la razón de ser de las instituciones educativas en nuestro país, que deben tener siempre entre sus fines fundamentales la aportación de conocimientos que permitan el conocimiento de nuestra realidad con sensibilidad y bases científicas. Una tesis bien sustentada que llega a ser libro es el resultado, ciertamente, del trabajo comprometido de un buen estudiante y de sus maestros, pero en el fondo es el culmen de los esfuerzos de la sociedad cuyo conjunto sustenta la institución universitaria y la educación pública, y que de esa manera se ven ampliamente justificados y retribuidos.

Integrado por un poco más de doscientas páginas, el volumen se compone de una introducción, tres capítulos, conclusiones,

bibliografía y dos índices. En general, se trata de un trabajo bien redactado, con claridad y concisión, que persigue el objetivo de brindar un panorama del tema estudiado, algo que se alcanza sin duda; si algo habría que reprochar sobre la organización del libro es la aparente desproporción de los dos capítulos iniciales frente al tercero, que es el medular (incluso, lleva el mismo título del volumen), y que tiene más páginas que la suma de los que le anteceden. Sin embargo, esta aparente desproporción se justifica a la luz del desarrollo mismo del capítulo referido.

La introducción muestra un interesante y aportador estado de la cuestión en el que se expone la forma en que los estudios musicales han echado mano de los presupuestos de los estudios lingüísticos, algo que no es nuevo, y que se ha dado de diversas maneras. Sin embargo, en el nacimiento mismo de la disciplina de la etnomusicología aparecen las analogías del discurso musical con el lingüístico, así como la incorporación de presupuestos de esta disciplina en la forja de los de aquella, un proceso que se ha mantenido en los estudios ulteriores, si bien los teóricos han procurado partir cada vez más de las peculiaridades del discurso musical, y recurrir menos a las analogías que buscaban a ultranza la calca de los elementos del lenguaje en los de la música.

Los dos capítulos iniciales, “El campo de la lingüística” y “El campo de la etnomusicología”, presentan sendas perspectivas breves, que permiten tanto a neófitos como a especialistas darse una idea de lo que ambas disciplinas estudian: su definición, historia y corrientes, así como los conceptos y categorías fundamentales de las mismas. En ambos casos y a lo largo de todo el volumen las ideas expuestas se complementan con cuadros (38 en total), que representan claros resúmenes esquemáticos, cuya elaboración supone un esfuerzo de análisis y síntesis de parte de la autora, y constituyen asimismo una gran aportación para los lectores.

El tercer capítulo, “La influencia de la lingüística en la etnomusicología en México”, merece un comentario más amplio, por tratarse del cardinal en el estudio, y porque es donde encontramos el análisis medular y la mayor aportación, al encontrarse

centrado en las investigaciones realizadas en nuestro país. La autora busca demostrar cómo los estudios etnomusicológicos y, en general, muchos de los trabajos realizados por especialistas sobre las músicas tradicionales en México han estado “influidos por la lingüística [y] tienen una inclinación visible en sus investigaciones, así como [en sus] temas e intereses recurrentes” (69). Para hacerlo, realiza detalladas descripciones de algunos de dichos estudios, encontrando las correspondencias teóricas y terminológicas provenientes de diversas corrientes de los estudios del lenguaje; cabe señalar que en la gran mayoría de los casos se trata de adaptaciones que buscan aplicar dichas categorías al análisis de expresiones concretas de la música tradicional de nuestro país, más que procurar propuestas metodológicas propias que partan de los estudios de caso realizados en México.

Así, pues, Yasbil se refiere a estudios teóricos como los de “Rafael Figueroa y Pedro Ayala, [quienes] argumentan que la música es un lenguaje humano, que se puede estudiar a diferentes niveles y se conforma de un sistema de signos musicales que sigue ciertas reglas. Ambos utilizaron un enfoque estructuralista, y Ayala también utilizó un enfoque funcionalista” (87). Describe el sugerente trabajo de Lizette Alegre, quien se propone responder a la pregunta “¿de qué manera la práctica musical del vinuete [de la Huasteca] se constituye como una práctica cultural portadora de significados?” (88); para responderla, con base en el estudio etnográfico del género musical en cuestión, “explica que los músicos e intérpretes [...] distinguen el vinuete [...] por el tipo de acompañamiento (rítmico) y la melodía (lo que marca el violín), por lo que se dio a la tarea de buscar lo que [Lizette Alegre] llamó ‘rasgos idiosincráticos’, [...] para] señalar aspectos comunes o genéricos” (91).

En el estudio señero de Rolando Pérez sobre la impronta africana en la rítmica de diversas tradiciones musicales de México, en palabras de Yasbil Mendoza, el etnomusicólogo “no utiliza conceptos lingüísticos en su trabajo, sino que retoma el método histórico-comparativo de Saussure para proponer unidades de análisis y procesos que expliquen su hipótesis, enfocándose en el

estudio del ritmo como elemento fundamental del sincretismo entre la música del español y del africano” (98-99). Por otro lado, entre los trabajos que “han enlazado la etnolingüística y la etnomusicología, destacan las investigaciones del lingüista y musicólogo Fernando Nava, realizadas principalmente entre los músicos p’urhépecha. Sus indagaciones giran en torno a la pregunta ‘¿qué es música?’” (107). De manera análoga, en sus estudios sobre la terminología que los purhépecha emplean para referirse a la música, Arturo Chamorro ha buscado “mostrar la utilidad del español en el conocimiento de la música p’urhépecha y dar a conocer ciertos términos locales empleados en el discurso acerca de la música” (120).

El propio Fernando Nava y Raúl Eduardo González han emprendido “investigaciones que estudian de manera conjunta la literatura y la música [y que] son motivadas por la existencia de música que no se concibe desvinculada de la literatura, y literatura que no se concibe sin la música” (128). Nava ha estudiado la interrelación de la literatura y la música en el canto, principalmente en las tradiciones indígenas, con particularidad en la purhépecha; este autor establece “a manera de hipótesis, que a mayor complejidad musical, mayor dificultad en la improvisación literaria” (130).

Por su parte, González ha estudiado la liga entre ritmo prosódico y musical en las coplas de los sones de la Tierra Caliente michoacana, mostrando el “peso de la rítmica musical sobre la prosódica [que] se manifiesta en que el son y el jarabe son géneros destinados al baile y no al ámbito de lo sagrado, de manera que el texto poético y el canto se ven generalmente adaptados al ritmo [musical] y a las partes bailables” (132); así, en el corpus de canciones que estudia, “los acentos del verso se adaptan a los del compás y el tiempo musicales” (136). Por su parte, Fernando Nava “también encontró que el ritmo musical pesaba e influía sobre el ritmo prosódico, y no sólo en la acentuación de las sílabas, sino también en la morfología de las palabras, a tal grado que se crean elisiones y adhesiones de sílaba en los cantos p’urhépecha” (138). Este estudioso propone además una categoría, la del *silabeo*

(canto entonado cuyo texto no es significativo), que ha sido seguida por González en el estudio revisado por Mendoza Huerta.

En cuando a la adaptación de categorías de la teoría lingüística a la musicológica, la autora describe, asimismo, el concepto de *bimusicalidad*, “propuesto por el musicólogo Mantle Hood [...] desde mediados de la década de los cincuenta, por analogía con el concepto *bilingüismo*, y se refiere a la capacidad de un hablante de usar dos lenguas, especialmente cuando lo hace con la soltura característica del hablante de su lengua materna” (139). En este ámbito, resalta la tesis de Patricia López García sobre “El banjo en la música de cuerdas de la Mixteca...”; su autora señala que “la bimusicalidad, [...] entendida como el aprendizaje de la música que se investiga, [devino] una forma de acceder al proceso de enseñanza-aprendizaje con el objetivo de plantear y responder ciertas cuestiones, más allá de lo que podría hacer la mera observación” (140).

En términos de las categorías de los estudios de semiótica estructural aplicados al análisis musical, Yasbil Mendoza ubica los estudios de Natalia Bieletto y Arturo Chamorro, quienes al adaptar conceptos de autores como Jean-Jaques Nattiez, Charles Sanders Peirce, Charles Morris y Roland Barthes, “se preocupan por la relación existente entre la música y el público [...] En cuanto a los símbolos audibles, estos son parte de un proceso de mediación semiótica que conlleva la idea de que la música tiene la función de ser vehículo de significados, los performance, el *designatum* [...] y las respuestas emocionales de las audiencias como el factor interpretante” (153).

Asimismo, Yasbil Mendoza describe la aplicación de la semiótica de la cultura propuesta por Iuri Lotman en los trabajos de Lizette Alegre y Dolores Chávez, cuyos estudios coinciden en que “los textos de la semiósfera musical son fenómenos complejos conformados por sistemas musicales con mezclas de textos y lenguajes que [...] son espacios semióticos que presentan en su interior dos o más lenguajes (musical, visual, verbal), y la conjunción de los diversos lenguajes permite la generación de sentidos mediante el mecanismo de traducción semiótica” (167).

La autora se refiere, por otro lado, a un estudio de neurolingüística realizado por Martha Lucas Aviña, quien a través de su propuesta “para la rehabilitación de niños [...] con trastorno gnóstico práctico con componente afásico” muestra “la estrecha asociación existente entre las estructuras cerebrales y funcionales del lenguaje y la música” (177). Según el estudio de Lucas Aviña, la música “ofrece la oportunidad de entender la organización del cerebro humano, así como de utilizar la plasticidad cerebral para estimular el potencial lingüístico y cognitivo del paciente, dado que ambos procesos suponen la simbolización de elementos no tangibles, como el sonido y el tiempo” (179).

Finalmente, en las conclusiones Yasbil hace un recuento del contenido general del libro, y presenta en un cuadro muy completo los términos empleados por los autores estudiados en el capítulo tercero, que, como los de los capítulos iniciales, resulta de gran utilidad para el lector. No queda sino celebrar la aparición de un libro como este, que seguramente encontrará muchos lectores interesados en el conocimiento de la música mexicana y en el ámbito de los estudios del lenguaje.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ
Facultad de Letras, UMSNH

Varios autores (textos, ilustraciones). Colección *ideazapato*. México: *ideazapato* / FONCA, 2012-2013.

Con la intención de combinar los métodos de trabajo y los intereses de dos ámbitos concretos, el de los libros ilustrados y el de la investigación que se ocupa de la tradición oral y la literatura popular, nació *ideazapato*, una colección editorial que efectivamente se echó a andar en 2012, aunque sus antecedentes vienen de años previos y conjugan varias casualidades y una buena amistad entre José Manuel Mateo y Andrés Mario Ramírez Cuevas, responsables de la edición, el diseño y la producción de hasta ahora diez títulos.